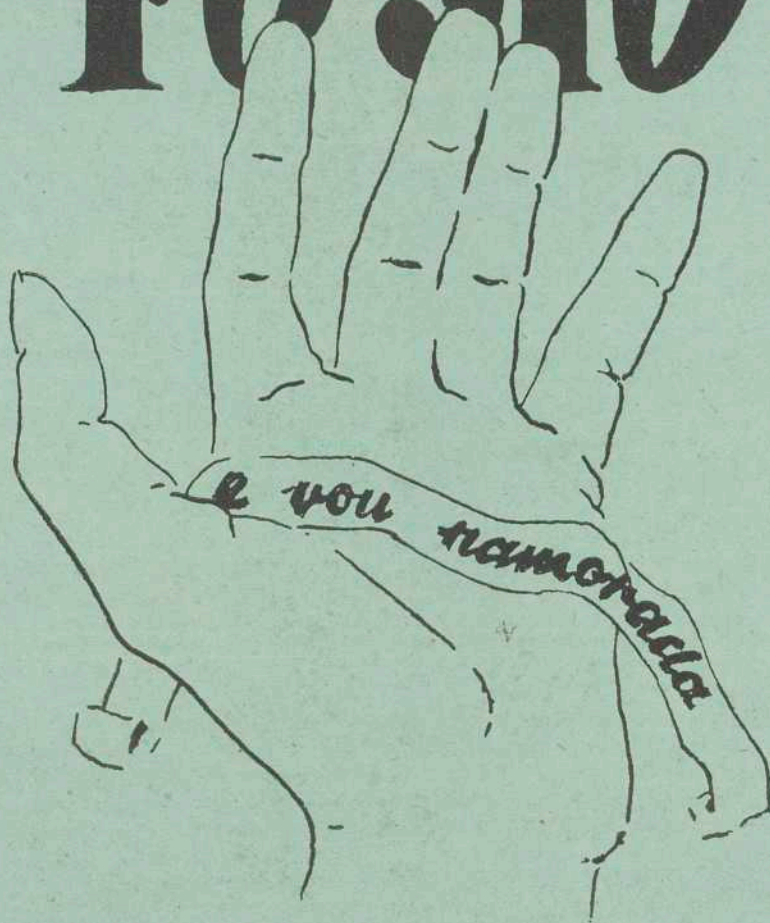


Public 2998

POSÍO



ORENSE

4

1946

SUMARIO

RITMO DE MAR,

Gerardo Diego.

EL RETABLO,

Santiago Amaral.

GINÉS LIÉBANA. IBIZA 35,

Pablo García Baena.

A PIORNEDO?, EN LA SIERRA DE ANCARES,

José M.^a Castroviejo.

ABANDONADO DEL AMOR,

Fernando González.

«MUSA AL NOROESTE»,

Poemas de:

Aquilino Iglesias Alvariño,

Pura Vázquez,

F. Bouza-Brey,

Alvaro Cunqueiro.

SOLDADO MUERTO,

Segundo Alvarado.

RUÁN,

Alvaro Cunqueiro.

ATARDECER,

Manuel Fabeiro Gómez.

SONETO DE LA NOVIA PERDIDA EN EL MAR,

Félix Buisán Citores.

RECUERDA: *El caracol. Los pies desnudos. La Magnolia,*

José Luis Varela.

NOCHE,

Alfonso Alcaraz.

MOMENTO,

José Angel Valente.

Linóleos: Miguel L. Elizalde.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

TIENDAS, 9 Y 11

ORENSE

SUSCRIPCIÓN: 3 NÚMEROS,

9 PESETAS; 6 NÚMEROS, 18 PESETAS;

12 NÚMEROS, 36 PESETAS

POESÍA

4

RITMO DE MAR

*E*N mi serie de paráfrasis románticas a los nocturnos de Chopín, hay una que puede parecer a quien la escucha sobradamente arbitraria. No lo niego. Mi disculpa estribaba en la necesidad de variar mis sugerencias poéticas para evitar la monotonía del conjunto libro. Hoy me decido a desempolvarla en la seguridad de que nadie, al tocar o escuchar el nocturno V en fa sostenido, uno de los favoritos en conciertos y hogares, ha soñado conmigo en visiones marinas y submarinas. (Y sin embargo, en cierto libro de un gran musicólogo encuentro una alusión al ritmo de barcarola de nuestro nocturno).

Pero ¿quién pone puertas al campo de la poesía, a la imaginación que se dispara al más mínimo pretexto en dirección tan caprichosa que sorprende acaso al mismo que la está incubando? Por otra parte, el esplendor enjoyado y luminoso de la tonalidad, el carácter narrativo, fabuloso, mítico de la melodía y, sobre todo, el ritmo agitado, múltiple, giratorio y concéntrico, con sus cinco resbaladas notas superpuestas al compás de cuatro, para luego encrespase en explosiones de tempestuoso dinamismo, explican la aventura de mi visión mediterránea.

PARÁFRASIS ROMÁNTICA DEL NOCTURNO V DE CHOPÍN

*O*h noche encantada, oh noche divina.
 La nave trirreme sin remos camina
 por el infinito páramo del mar.
 Y al timón asido vela el argonauta
 con los ojos fijos en la eterna pauta
 que fingen las luces del mundo estelar.

*Saladas fragancias de brisas talásicas.
Los paganos mitos, las leyendas clásicas
reviven un triunfo de resurrección.
En arrebatadas fugas de metopas
pasan los Jasones, cruzan las Europas
como unos fantasmas de alucinación.*

*El imán de ola y el seno de ola
ritman los vaivenes de una barcarola
que acuna el espíritu en suave quietud.
Las espumas dicen su dulce cantata
y si se iluminan son rosas de plata,
lirios, crisantemos y estrellas de luz.*

*Así el navegante sueña en las ondinas,
en las milagrosas minas submarinas,
floridas de perlas, nácar y coral.
Y sueña en las náyades de las costas dóricas,
y en las encantadas islas madreporicas
y en las fabulosas urnas de cristal.*

*Y evoca el aquarium inmenso: la flora
de plantas exóticas que el mar atesora,
especies ambiguas de extraño jardín.
Rojos arrecifes, flores luminosas,
conchas argentadas, estrellas y rosas,
algas de esmeralda, púrpura y jazmín.*

*Y cree que escucha la rara armonía,
la infinitamente dulce melodía
con que las sirenas cantan a estribor.
Y finge los roncós, monstruosos tritones
que manan y manan agua a borbotones
o en sus caracolas soplan con pavor.*

*De su sueño, súbito, despierta el marino.
La nave callada sigue su camino
dejando una cándida estela al cruzar.
Y al girar las ondas en su rueda eterna,
su romanza dicen, su canturía tierna
que arrulla los cuentos divinos del mar.*

G E R A R D O D I E G O

E L R E T A B L O

A mi amigo no le gustaba hablar de aquello. Me lo contó hace muchos años. Casi nadie paseaba entonces cerca del Canalillo y sus álamos. Quizá el cierzo de aquella tarde le aventó cenizas en el alma y le dejó al descubierto la brasa de un recuerdo.

Desde entonces fuí un remordimiento de su debilidad. Me huía. Como un acusado. Yo creo que nunca dejamos de ser amigos.

«Recibí la carta de mi madre. ¡Qué fastidio! ¡Dejar el Madrid de las primeras óperas y los nuevos libros, amaranto, glauco, hoja seca! ¡Y todo para saludar, sin saber qué decirnos, a una lejana prima en el yermo de un convento!

Me costó mucho trabajo dar con el pueblo. En la estación más próxima casi ni sabían su nombre. Algunos dudaban de si existiera alguna vez.

Solo recuerdo una niebla pegajosa, aliento de tumba. Yo trataba de vencerla con el humo rebelde y despectivo de mi pipa bohemia.

Eramos ridículos en 1904. Una grieta en la arcada del convento se reía de mí. También se rió la vieja oblata, a su manera, de loca de silencios, cuando le pregunté por Sor Dorotea.

Era la única monja mi prima. Ella y un ciprés. Se dijo que el ciprés rezaba las horas canónicas como un capellán. Pero en aquella ciudad de Arcaya—la busqué después en el Madoz y solo ví la vaga referencia a unos adarves y ruínas—todo era una mansa locura.

Por fortuna supe adaptarme. Es la única manera de que la sinrazón de los demás no nos perturbe. De lo contrario son irónicos, peligrosos.

En el ambiente de mañana del XII del locutorio la voz de mi invisible prima era fresca. Pero yo empeñado en percibir aromas de rosas mustias y voces de fuentecillas mohosas de siglos, no lo advertí.

Algo me dijo: «debes robarla». No hice caso. Me fastidiaba Tenorio.

A la tarde la oblata abrió la iglesia. Dijo lo de siempre: que los ingleses pagaban en oro el peso del retablo, que el obispo, que no tenía para pagar a los canónigos, nunca quiso, etc.

El retablo, maravilloso. Temblé ante la idea de que alguien pudiera catalogarlo. Pues ya comenzaban estas tristes manías.

Todo tallado y profundo. Plástico y vivo. Con profundidad de bosque. De bosque tocado por la varita mágica del otoño.

Como un crepúsculo parado al borde de un morir las frondas de

cobres y oros temblaban, los Santos se desvanecían, el argumento total—no podría recordarlo—era una composición fugaz de nubes.

Nubes magnolia, nubes rubras de espadas arcangélicas, las mismas frondas y rosas vagas nubes de silente y frío incendio.

De vez en cuando—podía medir el tiempo el verme de las viejas maderas en el coro, en los confesonarios, pero yo no lo entendería—una hoja, retorcida y leve, rizo, caracola, se desprendía y al caer dibujaba unos leves y cansados giros.

Ya formaban—¿desde cuántos octubres?—una densa y tácita alfombra sobre el altar desierto.

Ya muchas ramas componían una odiosa esquemática de símbolos de muerte. Mirando, calculaba cuanto tardaría en llegar el definitivo invierno, el triunfo de la abstracción.

Tuve miedo. Hubiera dado mi sangre para auxiliar con su riego la permanencia por una estación más de aquella maravillosa cromática.

Mi prima...

¿Pero qué relación podría haber entre la voz de la oscuridad del locutorio y aquel desprenderse fatal de las hojas? Mientras me lo preguntaba—¡yo romántico de los brutales pragmatismos!—suavemente volaron algunas hojas más.

Salí con una última esperanza de que todo fuera una ilusión. Me esperaba la vieja oblata. Era una excelente actora. Disimulaba muy bien su alegría de sierva, su venganza de vieja.

—«Morirá con las últimas hojas. Aun quedan enteritos y verdes los pámpanos de la hornacina. Pero ya amarillean...»

Como soy un cobarde apelé a la razón y huí. Cada otoño sufro amargamente y lo que es peor me siento ridículo».

S A N T I A G O A M A R A L

GINÉS LIÉBANA. IBIZA 35

*Te he buscado estos días en que mis versos quieren rodearte
como el fuego rodea los leños encendidos.*

*Te he buscado estos días en todo lo que amabas
cuando aún no eras:*

"Ginés Liébana,

Ibiza 35

Madrid".

*He vuelto, ya de noche, por el camino donde tres paseábamos
desiguales destinos.*

*He visto la sonrisa de los dompedros,
y he escuchado, lejano, en los días de lluvia,
el silbar de los trenes desde la capilla honda de Jesús Caído,
cuando la sombra se espesa en los rincones
como un temeroso paño fúnebre.*

He libertado,

*desde su rincón en las páginas de una Geometría Descriptiva,
el intacto verdor de los castaños,*

la corteza casi carnal de los pinos,

las florecillas pequeñas de los brezos,

*y he sentido en mi cuerpo el escalofrío que siempre me recorre
al pasar junto el kilómetro 6*

cercano a Piedrahita.

Mis labios han besado, como en aquella tarde,

la flauta abandona . . .

la flauta teñida con el zumo cárdeno de las zarzamoras

que olvidara algún fauno sobre la hierba virgen,

y ha llegado hasta mí, el mismo temor impaciente

que cuando descubrimos al mendigo

dormido entre los viejos cajones de madera

que hay en el portal de Pantaleón.

He puesto mi mejilla

en el cristal, empañado de lágrimas,

de las ventanas que dan a la huerta

en la sacristía de San Cayetano,

y el Padre Gerardo,

ha vuelto a descender con su paraguas por la suave colina.

Te he buscado estos días en todo lo que amabas,

en todo lo que amabas cuando Agosto incendiaba tu corazón

con la llama de los rastrojos ardiendo en la campiña,

o cuando Marte se acercaba, pequeño, hasta tus manos

como un pájaro asustado.

Has cruzado de nuevo el jardinillo triste de Jerónimo Páez,

con el amargo desdén que dá a los niños
la gravedad enlutada de unas solapas de terciopelo,
y te he visto otra vez
ante el mármol blanco y caliente de las tabernas,
cuando una mano dejaba caer en el vino
la sortija feliz que lo convertía en mosto de granadas.
Te he buscado estos días
y en todo te he encontrado.

Te busqué con tristeza, creyendo que no eras ya
nada más que una dirección en un cerrado sobre.

Te busqué entre tus cosas
como aquel que recoge todos los pedazo de algún objeto amado
y que fué roto.

Te busqué, casi triste,
en las hojas caídas, en los árboles viejos que recorta el crepúsculo,
y junto a las columnas paganas de Santa Victoria
que el coro de colegialas cristianiza
en la mañana del Jueves Santo.

Te busqué con angustia,
y en todo estabas tú con tu sonrisa
con tu sonrisa de niño que sabe
que no saldrá, como le dicen,
ninguna paloma de el nido de metal y hule
de la cámara fotográfica,
y sin embargo espera y sonrío. . .

Con la sonrisa que una tarde sorprendió Faustino
en aquel patio donde crecen libres las violetas,
donde hay, junto a los jazmines que suben por la cal de las paredes,
y pozo seco, y un banco abandonado,
y una Virgen de piedra
muestra la misma desgana de tu sonrisa.
En aquel patio que acaso hayas olvidado
y que tiene un perfume íntimo y recogido
como tu alma.

P A B L O G A R C Í A - B A E N A

A P I O R N E D O ? ,
E N L A S I E R R A D E A N C A R E S

*H*ÍSPIDAS *campas donde muge el viento*
Tierras nevadas de lobos y xabaros
Donde rebaños con leonés acento
Pulgás feroces que matan a bocados.
Terrícolas puerquísimos que arañan
Una tierra sedienta de saudades
Pallozas sepultadas en la nieve
Que implacables sepultan los Ancares.
Por toda distracción la pandereta,
Aguardiente y tocino con denuedo
Y una esquila monótona cantando
El inmenso aguafuerte de Piornedo.

J O S É M A R Í A C A S T R O V I E J O

A B A N D O N A D O D E L A M O R

*D*ORMIDO *yo?... ¿Despierto?... ¡No he sabido*
cómo me embarcó Amor en su velero!
¡Sólo sé que en su cala, prisionero,
a este desierto islote me ha traído!
Al sentirme del sueño desprendido
por el frescor del aire marinero,
me miro en orfandad, y al mar inquiero...
¡y el mar susurra que el Amor se ha ido!
¡Aún veo trepidar los aparejos
de su navío! ¡Pero va tan lejos,
que es casi un sueño de mi fantasía!...
¡Me abandonó, cruel en su mudanza,
y aquí me moriré, sin esperanza
de que vuelva jamás en busca mía!...

F E R N A N D O G O N Z Á L E Z

TREBOL DE CUATRO HOJAS

SANDOR ALEJANDRO PETŐEI

Hasta Kis-Körës mesmo chegaban os carreiriños de herba verde.
Hasta Kis-Körës mesmo, os cómaros verdes das veigas de Hungría.
Hasta o mesmo Kis-Körës, os verdes das veigas de rosas amarelas.
Hasta Kis-Körës con cancións doces do Danubio.

Era un tempo de longas espadas brillantes,
en que os poetas morrían c'unha rosa no peito
i-eran corceles brancos os cabalos da estepa.

Corazóns coma claras bandeiras alcendían o vento parado
e a voz sempre se finaba n'unha rosa aberta de sangue.

Viudas de vivos tráxicos mal sostiñan vinte anos de amor.
Eran pequenas as noites de longos bicos salgados de lágrimas
nos que se paraba o negro da ruleta dos conspiradores.

Ai Petőfi, Petőfi, doce poeta dos mences coma espadas!
Ai Petőfi, Petőfi, doce poeta dos adeuses pra sempre!
Cómo revoaban en sangue as capas dos cosacos en Segosvar!

AQUILINO IGLESIA ALVARIÑO

MILAGRE D'AMOR

Para Carmen Conde.

A terra volve entranas renegridas
y-o labrego suor e sangue quente
que corre santa e virxe pol-a frente
na brega enxardelada de feridas.

A terra xurde n-azas acendidas
anxos de soaves maus caladamente...
Cerra nos peitos cenzos a semente,
tépeda xa de donda, anceosa vida.

Lampo, xardín, voltouse tod-amores,
amante fremecida d-alma e frores,
na testa sanguíñenta, sourosa...

¡Cecais d-esa tenrura do labrego,
cariño asalagante, rudo, cego,
nunha asunceón d-amor, naceu a rosa!

PURA VÁZQUEZ

A UN RAPAZ GALEGO

DENDE CORNUALLES

Teño de te prisar no meu feixe de lús
atal que a min agora prisa o faro de Ermülhk!

Quero que sexas ti o que eu xa non hei ser:
lume na noite, estrela no mencer,

ave no ermo, canto no mar maior
singular mareante por todo inmenso amor...

Teimo de te anegar no meu piago de lús
atal que a min agora o outo faro de Ermülhk!

Quero que leves ti o que eu xa n-hei levar
alboradas no peito e nos ollos luar;
no estrano espírito alceso ilusión de ilusións
e o corazón deitando celme de corazóns.

Ah, si... Hate apañar miña fouce de lús
atal que a min agora a do faro de Ermülhk.

F. BOUZA-BREY

ISTE VERSO, ISTA CHAMA

A E.

Iste verso, ista chama que simplemente
fuxe o seu corpo ao meu alento tan próisimo.
Comezando pola Terra que isolada xira
e rematando por un antigo e desfalecido corazón.

Qué pregunto a isa soma incesante e serea
cos ollos abertos? Unha man descoñecida
apóiase no meu lombo e sinto escorrer a terra entre os meus pés
convertida nun río silencioso e transparente.

Todo tén o côr da miña propia voz turbada
namentas as outas nubens que ao lonxe pasan
murmurían isas mesmas verbas eternamente fuxitivas
isas que crean a luz e cercan as trebas.

Dende ónde, cidade, roca, arbre ou navio
—ou quizaves dende a ágoa ou a dormida lú—
retornarei a elas cos meus propios beizos?
Agardarei ano tras ano baixo a choiva.

Ou camiñarei desangrado até aquil país
onde n-unha copa de morna cinza marela
unha virxe que se cobre o rosto coas mans
ofrece ao pasaxeiro o viño da derradeira sede.

Isas que ao lonxe se escoitan son verbas:
unha gaita enche o seu fol con escondidos ecos
e por veces unha boca humán e húmida
fai cantar até o fin a sua canción. Iso é.

ALVARO CUNQUEIRO

Distinto aire, distinto corte, tienen estos cuatro poemas y estos cuatro poetas.
Pero los cuatro sienten—y uno de ellos por vez primera—temblar en el paladar las palabras con la emoción, el color y el sabor nativos, vernáculos.
Los cuatro son de distinto corte pero son de la misma Corte lírica: la antigua de los trovadores que iniciaron la alborada lírica española.
Dentro, precisamente, de esa unidad amada de la tierra de España, la diversidad de su lengua y peculiar manera de cantar tiene un sentido, una gracia, una agradecida significación. Pues, como los clásicos decían, belleza no es sino la unidad sonriendo por cima de la diversidad.
Alvaro Cunqueiro, Fermín Bouza-Brey y Alvariño, son voces gallegas ya muy conocidas. A su compañía unimos una grácil, una leve y salada compañía amiga. La de Pura Vázquez, que es una mocita gallega con una enorme pasión por cantar y un indiscutible derecho a ser oída. Así este verde trébol gallego, resulta, por fortuna, un valioso y excepcional trébol de cuatro hojas.

SOLDADO MUERTO

*H*AN derrumbado un hombre para izar una estrella,
amordazado a tiros un secreto
y clavado una estaca en el barro del tiempo
para indicar que tiene la historia su motivo.
El mundo es un bocado amargo todavía
que se come a deshora.

Tu cadáver, soldado, me apuñala
y se hunde en mi frente con astillas de sangre.
Tu silencio sin balas ha segado mis voces
y acribilla mis huesos mojados de tristeza.
Yo soy cómplice, acaso, de tu excesivo frío;
también soy de mentira.

Dios mío, Tú lo sabes: se ha izado su estrella
y tienes su mirada ya limpia entre los ángeles.
Amame tú, cadáver, que expió tu fracaso,
que en acto de servicio una rosa en mi nombre
ha de velar la tierra que desnude tus huesos.
Mientras, cava mi llanto
con el alma calada como una bayoneta
tu nuevo parapeto allá en el Paraíso.

S E G U N D O A L V A R A D O

R U A N

I

ESTA es la capital del reino normando, más noble y más rica que Caen. Desde el puente Matilde vemos correr el Sena, ocre unas veces, verde otras. Todas las torres góticas de Ruán quisieran mirarse en el río. Ruán es un navío de cien palos anclado en esta dulce orilla de Francia; el bauprés es la torre de San Godard y el mayor la aguja de la Anunciación de la Catedral. Y el velamen es de niebla, de niebla del mar de Dover que baja por el canal con el nordeste, el viento del cardenal de Winchester, aquel personaje de Shakespeare que hizo quemar a Juana de Arco.

Ruán del Parlamento, los canónigos y los pañeros: noble, católica y rica. Esta ciudad, hogaño, se nos aparece bañada en una luz melancólica. Vivimos en el callejón de los Dos Arcos, al pié de la iglesia de San Oven, junto a una de las ocho fuentes que mandó construir el cardenal de Amboise, las ocho adornadas con sus armas. Las campanas de San Over son claras, alegres, pequeñas "*sauveterras*" y su canto penetra en el callejón de los Dos Arcos, que lo recoge en sus ecos y lo oscurece ahogándolo hasta que muere. Al pié del arco de la Panadería está la taberna "*A la cabra de oro*". La cabra de oro en campo de gules es de los Vere de Vere, el más ilustre de los linajes normandos de ambos lados del canal. (*Los Vere de Vere descienden de los reyes de Dinamarca—de Hamlet, digo yo—y de princesas bizantinas, a su vez emparentadas con Jasón el Argonauta y los Tolomeos de Egipto. Esto viene en sus crónicas*). En la taberna bebemos vino turanés, un blanco rosado, ligero, sentados a la mesa de roble, cabe la chimenea. Monsieur Jacinto, un ruanés calvo y pícaro, se acerca y recita el menú del día. Sí, lucio a la casa y pechuga de gallina trufada. Monsieur Jacinto sonrío. Mientras esperamos el lucio leemos en la mesa los nombres de navíos, marineros, enamorados y simples pasajeros, labrados a punta de navaja en la tabla de la gran mesa. Dicen que aquí se sentó Rimbaud, bajo el péndulo del reloj de Tournai, precisamente donde yo estoy sentado ahora. Jacinto trae el lucio, que huele a mantequilla fresca, a mantecado. La fuente tapó un gran corazón donde se leía "*Jean et Lucile*". Cantan las doce las campanas de San Oven y las canta también el reloj de Tournai, la esfera coronada por un pelícano de plata alimentando a sus hijos con su carne y su sangre. El lucio está exquisito.

A L V A R O C U N Q U E I R O

A T A R D E C E R

*L*OS pinos hieren al cielo
con todas sus largas ramas
—anhelos de lo Infinito
que el árbol siente en el alma—.
El viento con sus gemidos
le lanza también sus flechas,
y el cielo se ha deshojado
en catarata de estrellas.
En las aguas han caído,
¿a bañarse? ¿acaso inertes?

El pescador por el día
las encontrará en sus redes,
con mil colores brillantes
y un solo color de muerte...

M A N U E L F A B E I R O G Ó M E Z

S O N E T O DE LA NOVIA PERDIDA EN EL MAR

*N*O voy a ti. Cerrado está el camino
de esa marina tumba transparente.
Caracolas de nácar de tu frente
empiezan a nacer en torbellino.

Te tiñe de cinabrio el vespertino
pincel del sol que muere lentamente.
Escapas en la brisa eternamente
soplando una caricia en mi destino.

Hundo mis dedos en la densa bruma
que ha desplomado en mí jirón de nube.
Busco unos ojos de vapor de espuma.

Un alma siento que me roza y sube
y en mi boca ha dejado un labio frío
tu beso de cristal roto en rocío.

F É L I X B U I S A N C I T O R E S

R E C U E R D A

EL CARACOL. LOS PIES DESNUDOS. LA MAGNOLIA.

1

Recuerdo muy poco. Lo poco que recuerdo es mejor no recordarlo... Aquella sepultura era una grande urna cineraria. Era extraña: ni una fecha, ni un nombre, ni una alusión a propiedad.

Era, en realidad, de exclusiva propiedad del cementerio y de la obsesiva y abusiva propiedad de nuestra fantasía de siete años...

Tenía una baja verja pintada de purpurina. No recuerdo mucho más, no... Estaba como adosada a la pared, una pared encalada que daba a la caseta del enterrador, la funesta caseta baja de las autopsias, donde velaban, rosados y verdiblanco, cubiertos por una sábana, los cadáveres, sí, allí, al fondo del cementerio, cerca del ciprés casi seco, de un color de sotana usada de cura rural.

Me recuerdo amarrado un día a la verja. La superficie de la sepultura no era muy lisa, no estaba muy pulida, y era de una piedra dorada y blanda, como de azúcar moreno, y con muchos y diminutos puntitos brillantes de mica. Por ella caminaba lentamente un caracol. Era grande, muy grande, con su penitencia helicoidal a cuestras, y tenía un andar bandeante de viejo patache marinerero. A veces volvía, como para mirarme, su cabeza blanda, elástica, con dos elásticos cuernecillos fácidos... Luego seguía—no recuerdo nada, no apenas si recuerdo—con paso lento, imprimiéndole a la caracola un vaivén de caravana oriental. Dejaba una estela mucosa y viscosa, como de clara de huevo, que, a la luz, tenía extrañas irisaciones.

Yo debía de verlo todo, con mis dos grandes ojos de palurdo asustado, desde una distancia desmesuradamente corta, porque todo me es en el recuerdo, macroscópico, obsesivo, desorbitado.

La pared trasudaba—lo recuerdo, sí, esto sí—fétidos humores. Era una pared desconchada que se agrietaba dolorosamente como una bustilla. Por las grietas brotaba algo purulento: era verdeamarillo, espeso, triste... Alguien me dijo—¿quién, cómo, cuándo, por qué?—que el muerto padecía terriblemente de los oídos, y que estaba “mal enterrado”, y que aquello era secreción suya...

No, no; ya digo que no recuerdo. Me veo amarrado, definitiva, angustiosamente a la verja, los dos ojos asustados y fijos, y el caracol, incomprensiblemente, cerca, muy cerca, casi tocando con su carne viscosa mis narices...

2

No puedo decir por qué me quedé repentinamente mudo, como un estafermo. ¿Estafermo? ¿Qué es? ¿Por qué me lo decía la muchacha cuando quería reprender mi mirada incoercible?

Me quedé fijo, sí, Me había ido de casa. Porque, claro, yo no quería... No quería ¿qué?

Me había ido de casa. Mercedes me había localizado allí, en el cementerio, con mi jersey de alta gola de punto y mis pantalones de pana.

Unos soldados traían una camilla de color azafrán, sudaban, sí, y venían jadeantes y creo que decían palabrotas que los hacían muy fuertes. Descansaron a la puerta. Me acerqué a la camilla. Y oí bailar en los oídos una palabra que no comprendía, pero que entendía muy bien: ahogado, ahogado, ahogado... Aquella palabra me ahogaba a mí. Mercedes quiso retirarme del grupo. Pero yo ya tenía clavada en el cerebro una imagen bailando, macabra: unos pies desnudos, blancos, que se cruzaban, que salían de la parte delantera de la camilla...

3

Enseguida corrí a ver aquella enorme flor. Estaba depositada en una sepultura que era tan solo, esto: un libro abierto de mármol. El mármol, blanco, tenía unas grandes vetas negras. La flor, abierta, estaba colocada en la intersección de las páginas. En la página de la izquierda se leía: "¡Pobre María!". Y luego, en la de la derecha, una fecha.

Aquel caballero venía los viernes. Era alto, flaco, distinguido, impecable e implacablemente enlutado. Dejaba tras sí un vasto y difunto perfume disuelto. En la mano derecha llevaba una única y enorme magnolia abierta. Oferente, grave, la dejaba sobre el libro de mármol.

Parecía leer un momento la placa, y parecía luego que iba a repasar, veloz, las páginas olvidadas de aquel libro de mármol, que era sin duda el archivo de alguna historia sentimental.

Cuando se iba, grave, por el sendero de mirtos, yo corría a leer el libro. Siempre estaba abierto por la misma página. No comprendía, no comprendo nada: "pobre María". Y, a la derecha, una fecha.

Recuerda, anda, recuerda. Ante el caracol, los pies y la magnolia, una sola actitud: los ojos abiertos, asustados, libres. Pero... ¿y debajo del asombro? Abro de par en par el cuarto oscuro de mi conciencia infantil y vagos monstruos deformes, amplias sombras inquietas vienen a turbarme aquí.

¿Recuerda? No, amigo: sueña. Recoge el ganado, mima esos corderos rebeldes, opresivos, de los recuerdos de mi infancia. Amigo: tu infancia, ¿es tuya?

J O S É L U I S V A R E L A

N O C H E

*¡Ob noche amable más que el alborada!
(San Juan de la Cruz).*

*P*OR el silencio baja Dios, sonoro
como un viento, hasta el alma,
sacudiendo los árboles del mundo.
Baja por el silencio de la noche,
ahora, sí, en esta noche,
resbalando su luz, estrella a estrella.

*Estas cosas dulcísimas
que se agitan en torno de mis sienas,
estas brisas que vuelan
mis costados de hombre hacia la altura,
esta voz que me llama,
que reclama mis ojos,
que me dice, en rumores,
aquel nombre perdido,
es la voz, la presencia
de Dios, ahora, en la noche.*

Por el silencio oscuro de la vida.

*Los peces apagaron
su terrible costumbre,
las rocas entonaron su designio
y rodaron sus gritos de silencio
por los valles del mundo...*

*Solo quedan los árboles
con sus redes tendidas,
temblando entre sus mallas
las estrellas de Dios, pálidamente.*

*Ahora en la noche, mi alma, mi alma sola,
desnuda como un río,
reflejando las cosas
por este tierno cauce de silencio.
Aquel paisaje muerto en mis pupilas,
aquella luz de entonces olvidada,
aquella primavera destañada
en mis manos sin flor, ya para siempre.*

*Ahora, en la noche, Dios aquí, conmigo,
madurando sus frutos en mis dientes,
de rumor en rumor, sobre el silencio.*

*Allá lejos, el frío
alto y difícil de la madrugada.*

A L F O N S O A L C A R A Z

M O M E N T O

*J*NSTANTE sin medida. El sol poniente
fingía en claroscuros su agonía
secular. Y élla—¡tú!—en la lejanía
entre mi amor y el sol eternamente.

*Trasmanaba de un sueño dulcemente
perfilada en la tarde, trascendía
distancias e imposibles. Fantasía
evadida—hecha carne—de mi frente.*

*Ella alta sobre el sol. Yó tierra anhelo
aun, plenitud élla, estrella y cielo,
conjunción de lo bello con lo bello.*

*Ansié la cifra de su amor... Momento...
Pero se fué mientras trazaba el viento
mil rúbricas de amor con su cabello.*

J O S É / A N G E L V A L E N T E

PEDRO PÉREZ CLOTET.

«Tiempo literario» (tomo II)

Abrimos este nuevo libro de Pérez Clotet con anticipado deleite. Y en verdad que por esta vez no lo abandonamos defraudados. Conocíamos anteriormente el tomo primero y sabíamos algo del sutil modo con que el autor pule estos breves ensayos, realizados en un estilo limpio y preciso.

Pérez Clotet elige sabiamente su colección de temas: una inclinación de Santa Teresa de Jesús; una actitud de un escritor, Francisco de Quevedo, en la hora de su muerte; un apunte subjetivo, pleno de lirismo... Sugerente temario que es uno de los triunfos del autor. En un juego mágico de ideas, nos lleva de la mano, con pulso sereno, hasta entregarnos la clave de esa soledad de la santa; de ese esquinco postrero del autor de los Sueños; de ese sorprendente tríptico que es la encina, el ciprés, el almendro... Y así, picando aquí y allá, nos muestra Pérez Clotet toda una teoría de jugosos trabajos que son captados con gozo por la sensibilidad, por nuestro cerebro...

Para nuestro mayor deleite, unas delicadas y sabrosas ilustraciones en color de Genaro Lahuerta avaloran esta cuidadísima edición.

«Presencia fiel»

También recibimos del mismo autor este breve libro de poesía. Ya se nos advierte en el prólogo que el poeta busca ante todo la verdad. Y el avisado lector termina la lectura sorprendido ante este género de poesía en que orea un viento de fidelidad auténtica; fidelidad al propio sentimiento sin concesiones literarias ni poéticas hipócritas. Trae Pérez Clotet sus exactas ideas prendidas unas en otras por nexos inevitables: así llegamos a desentrañar el hundido misterio de cada poema saltando de verso en verso, de igual manera que el matemático estira el simple hilo de un teorema. Es que en esta poesía anida el ave pitagórica de su cultura antigua que le ayuda a bien llevar la ordenada creación de sus poemas. Y no se crea que ese aticismo le resta belleza a su obra: en que la exactitud de su cultura no estorbe la frescura de sus poemas, creemos que está, precisamente, la clave de la poesía de Pedro Pérez Clotet. -- C.

JOSÉ MARÍA LUELMO.

Hemos recibido de este poeta dos libros de distinta fecha y tendencia: "Ventura preferida" (1936) y "Vergel habitado".

Luelmo es hombre de vena serena, limpia y fina. Puestos a escoger ante la diversidad de los dos libros preferidos, nosotros preferimos, como más interesante, como más hondamente identificado con una línea --en este caso de ascendencia surrealista--, el libro primero, el de "Ventura Preferida".

El otro es quizá más completo, pero menos interesante en su conjunto. Se adivina al hombre instalado en una vida más estable, menos alterada, más segura: vuelta al clasicismo de la tierra, de la estrofa... Resulta, en definitiva, un poeta menos original y, personal.

Pocos poemas del segundo libro llegarán a impresionar como "Niña, destino de una lágrima", a no ser el largo poema titulado "Canción heroica" del segundo libro, donde una vena valiente y auténtica, nos hace reconocerle una talla indudable de joven conmovido por la sangre y la fuerza de la guerra nuestra.

Lejos de la pandereta y la cucaña cortesanías, José María Luelmo ofrece la simpatía de una vida retirada y laboriosa, con la vocación de ser servida más íntima y exigentemente. A esa actitud y a la categoría de su voz, acusamos hoy recibo, agradecidos, muy amistosamente. -- V.

MERCEDES CHAMORRO.

"Ramo de romeros" es esto: un ramo de romeros fino y fragante.

Desde sus primeros arranques poéticos --arranques, sí--, hemos visto en Mercedes Chamorro fibra y alma de poeta. Su nombre circula hoy, debidamente valorado, en círculos y revistas literarias, al lado de las más positivas figuras de la poesía actual.

En Mercedes Chamorro advertimos una virtud suprema: la de saber y poder ser mujer a través de todo su caudal poético. Porque es defecto frecuente en las mujeres que hoy hacen poesía el esconder su sexo en una maraña de prejuicios y preocupaciones literarias. La mujer ha de ser poeta, con toda integridad y desnudez, sin caer en bobos amaneramientos de poetisa, pero también sin coartar en ningún instante su calidad más alta: su feminidad.

Así, "Ramo de romeros". Poesía ágil, despreocupada, honda y humana. De sus versos brota un aroma que nos hace recordar aquellas deliciosas y exaltadas sombras de América: Gabriela, Mistral, Ibarbourou, Delmira Agustini, aunque sin que esto quiera decir que la influencia sea marcada.

"Ramo de romeros" es poesía de poeta y poesía de mujer. -- A.

3

PESETAS